

Baba Yaga

Marina Azahua

Como la curvatura de la hoja de col, ella ha de pudrirse. Cada vez más frágil, me recibe como erosionada por el tránsito de los muchos días que nos han separado. Me abraza con menos carne y más estructura expuesta; sus huesos rotundos bajo la piel que cede. Desde hace diez años me despido de mi abuela creyendo que será la última vez que la veré. Pero mi premonición no se cumple, y como intercambio por la muerte súbita que le deseo, lo que recibo es su encogimiento. Ella se aminora. Se reblandece.

Como la hoja de col que me obligo a masticar, sometida a lo inevitable, cede.

La hoja es suave y su blandura es la primera en convertirse en agua, pero la nervadura de su esqueleto persiste por más tiempo dentro de la boca que la engulle. Mi abuela es ya eso, una hoja sin carne que lleva a cuestas su armazón más primario. La naturaleza de esta, su última carga, la desconozco. Constituye quizás el último secreto de su vida. Jamás sabré de qué está compuesto.

Tiendo su cama. Las sábanas se van enfriando. Aliso la evidencia del tránsito de su cuerpo empequeñecido sobre la tela. Estas arrugas son el rastro cotidiano de su permanencia insistente. Como un sello de madera dejando su imprimatura en el papel, mi abuela deja su marca sobre su lecho.

Me gusta tocarle las manos a mi abuela, asegurarme de que siguen ahí. Amaso las arrugas de sus dedos hasta que se harta y se queja y me dice que la deje en paz. Mi madre, de pequeña, le decía a su abuela que tenía piel de pollo. Y como la de los pollos, la piel de mi abuela es fría. Más hoja de col humedecida, flácida, que carne. Siempre que la veo de nuevo, sus manos están más heladas que la última vez. La vejez es un enfriamiento pausado.

Arrugarse: resultado de que los huesos se separen paulatinamente de la piel que los aloja.

Bajo la capa delicada de la piel de mi abuela se encharca su sangre ennegrecida. Cualquier golpe se vuelve moretón. Ella se cuida las heridas, espera, paciente, a que desaparezca la mancha en la pierna, el brazo, la cara. En pocos días surgirá una nueva huella, producto de una colisión de la que no tendrá memoria. Me sorprende el cuidado con el que sigue atendiendo a su coraza blanda. Se maquilla. La miro desplegar la dureza del delineador sobre su párpado endeble y siento que el trazo del lápiz lo va a romper. Pero ella insiste. La piel se frunce y enrarece.

Aparecen nuevas marcas.

Cuando yo era niña, mi abuela apenas comenzaba a envejecer, y teníamos un juego donde mi misión consistía en contar las nuevas motas que su cuerpo inauguraba. Yo preguntaba ante cada peca, y así me convertí en la archivadora oficial de los *¿esto-qué-es?* de su cuerpo. No sé cuándo perdí la cuenta de las marcas sobre su piel. Cuando la conocí creo recordar que aún no era vieja.

Hay hojas que en lugar de degradarse se endurecen: las hojas de alga poseen la capacidad de convertirse en soga, retazo de cuero y burbuja. Cuando yo era niña mi abuela me llevaba mucho a la playa. Al tipo de mar donde uno no puede entrar al agua y sólo queda caminar. Si uno entrara a esas olas, correría el riesgo de morir ahogado tras enredarse en el enorme bosque submarino que yace bajo la superficie. Ahí, todos los días, entre el frío y la niebla, la marea escupe, enredadas entre sí, las lianas largas de enormes plantas submarinas. Ya inmóviles sobre la arena, las moscas se les suben, como si las algas fueran cadáveres. Pero pronto se secan y se vuelven duras, casi sólidas, una suavidad transformada en piedra. Los cadáveres se endurecen.

Las moscas se van cuando ya no queda suavidad por roer.

Las algas submarinas son bosques suspendidos en el agua. Entre tallos y hojas, tienen pequeñas burbujas de carne, flotadores que les permiten nadar cerca de la superficie

del mar, más cerca del sol. Las burbujas vegetales exiliadas se secan sobre la arena caliente y se convierten en canicas socavadas. Estas son hojas que no se pudren. Existen blanduras que saben convertirse en solidez.

Dicen que hay árboles que al morir quemados se convierten en metal.

Al lado de mi abuela me descubro endurecida. No sé cuándo comencé a moverme como anciana para imitar su fragilidad. Me entumo y me alento para seguir su paso. Para que no la envuelva la angustia del mundo que a su alrededor va rápido, mientras ella avanza cada vez más pausada. Me descubro cronometrando mi pensamiento. Hablo lento, explico lento, me adapto a la velocidad de su vejez. No quiero que se dé cuenta de lo que yo veo: ella está fuera de sintonía con el resto, el resto no se va a adecuar a ella. Eso es la vejez: un desfaseamiento.

Se ablanda el cuerpo y predomina la suavidad, la pérdida de solidez. Sin embargo, al imitarla me inserto en un armazón endurecido, el suyo, el de esa estructura que es cada vez más capa frágil recubriendo hueso.

Su ausencia futura se la va tragando. Como aquel hombre que desaparece bajo la tierra sin que nadie se percate, yo la veo desaparecer ante la mirada anodina del resto. La vejez es un abrazo muy paciente. Más profundo cada vez —asfixia.

Era niña y escuchaba el mar dentro de mi oído. El mar, me habían dicho, sonaba a eso. Pero siempre supe que aquel sonido era más bien viento. Cuando uno acomoda una concha sobre el oído, cree descubrir que adentro vive el océano, el fluir de algo, la sangre quizá; pero yo sabía que era aire lo que resonaba, un aire que me daba calma.

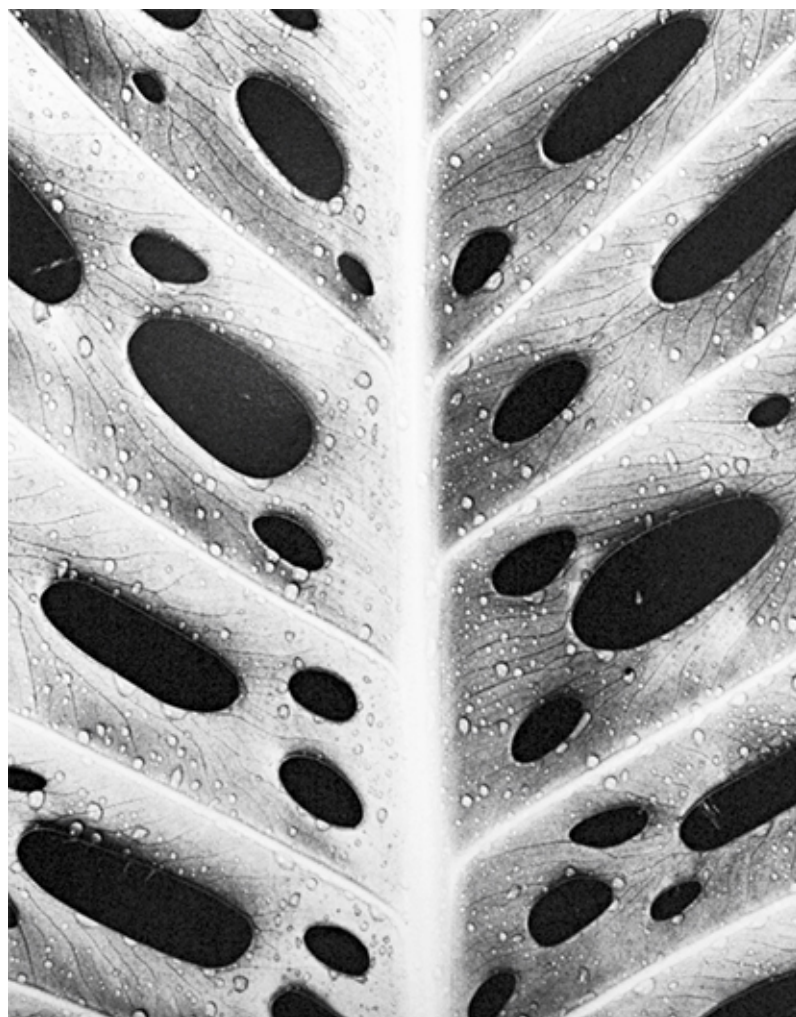
Un océano en la palma. Una tormenta minúscula que cabía en mi mano y podía controlar, medir, ajustar a las necesidades. Incluso ahora la puedo escuchar. Tomo la mano y cubro mi oído. Abombando la palma de la mano, mientras los dedos cubren la oreja, dejo un hueco abierto entre el pulgar y el resto de los dedos: construyo una concha a partir de piel y hueso. Eso que escucho es viento, no es mar; aunque el mar sea a veces más viento que agua. De niña me tranquilizaba este sonido. Me calmaba saber que adentro de mi cabeza corría un río que sonaba a ventisca: una voz plana pero constante, un anuncio tal vez. Una advertencia. Pon atención, me dice.

El río que vive en mi oído no estrangula. Uno no se puede ahogar en el viento, al contrario de lo que sucede con el mar.

Conocí el terror la primera vez que me intentaron enseñar a nadar. Era una alberca enorme para mi pequeño cuerpo.

Esa fue la primera vez que me abandonó mi padre. El hombre que me sostenía en el agua no era él. Era otro. Era cruel. Si no nadas, te voy a soltar en lo hondo. Y yo me esforzaba por complacerlo, pero no tenía la información necesaria para lograrlo. No sabía cómo se hacía eso que él pedía. Nadar. No sabía cómo se nadaba. Sólo me quedó moverme, agitar los brazos de algún modo, imitando a los cuerpecillos que me rodeaban, intentando que alguno de esos gestos cumpliera con la demanda del hombre. El agua amenazaba a la boca, tan insistente como el retumbar del coro sirénico que habita toda alberca techada: eco de gritos empalmados, silbatos iracundos, agua violentada, olor a hule, a vapor de agua. ¿Por qué tenían que gritar tanto? Mientras ellos vociferaban, recuerdo mi silencio absoluto. Mi retraimiento.

Abandonada entre la masa mojada no sollocé, no me quejé, no pedí ayuda. Nadie se daba cuenta de que yo estaba tratando de sobrevivir; intentando que este hombre cruel no me dejara ahogarme. Yo le creí. Verdaderamente creí que me iba a dejar morir si yo no lograba



cumplir con lo que no sabía cómo hacer. Aprendí entonces sobre la crueldad, y por primera vez, también algo sobre el impulso instintivo de la supervivencia.

Una niña ahogándose en brazos de un hombre cruel a veces resulta una cosa poco importante.

Bajo el agua los humanos somos más lentos. Ahí dentro, bajo el peso de la masa acuosa, se despliega la premonición de nuestra vejez. Seremos aun más lentos, y un día nos ahogaremos, nos faltará la respiración. También un día nos arrugaremos sin necesidad del agua.

Mi abuela se bañó en tina todas las noches de su vida, hasta que dejó de poder entrar y salir de la tina ella sola. Y como sola vive, se ha tenido que resignar estos últimos años a la regadera. La odia. Quizá por ser agua veloz, en lugar de calma. Cuando era niña me bañaba con ella, y la tina era un capullo de seguridad, de tranquilidad. Su piel se volvía escurridiza dentro del agua sosegada. Ahí las arrugas eran abrazo.

Nunca llenaba la tina más que unos veinte centímetros de profundidad. No había riesgo de ahogarse. Por años, la línea del agua trazó con un corte transversal a su cuerpo, una parte sumergida, otra que se elevaba sobre el agua: un archipiélago de islas que yo exploraba. Mi primera experiencia del cuerpo ajeno como escenario de indagación sucedió en esa tina.

Un juego que duró por años: Mi abuela elevaba las piernas y posaba los pies en la orilla de la tina para construirme una resbaladilla con sus muslos y pantorrillas. Yo jugaba a treparme hasta sus dedos para dejarme caer hasta su panza húmeda. Una y otra vez me encaramaba hasta sus pies, deslizándome por la superficie resbalosa de su piel, hasta caer. No sé cuánto duró el juego. Pero cesó el día en que la dinámica de una mujer desnuda junto a una niña, que ya no era niña tal cual, se volvió inaceptable de acuerdo al dictamen de no sé qué voz. Hubo un entendimiento mutuo, entre mi abuela y yo, de que el juego debía terminar.

¿Cuál es la diferencia entre crecer y envejecer? Esa fue la primera traición de mi cuerpo. Crecer es una expansión. Envejecer es enfrentarse a una secuencia imparable de pérdidas.

De la vez que casi muero en el mar sólo recuerdo las burbujas y una mano interrumpiéndolas, saliendo de no sé dónde para que yo la tomara y me salvara. Uno se ahoga, y lo último en lo que piensa es en el agua. Piensa en aire. Piensa en la no restricción de un medio ajeno. Piensa que quiere salir.

Una imagen: mi abuela flotando en el Mar Muerto.

Cuando era niña, no recuerdo de cuántos años, le confesé a mi abuela que temía muchísimo el día en que ella muriera. No recuerdo las palabras que utilicé, pero ella apuntó lo que dije en la última página de su agenda. Quisiera encontrar esa agenda para saber cómo construí mi primer temor hacia la muerte. Pero la agenda y la frase se perdieron. Sólo queda la imagen de su rostro en ese momento. Habrá tenido unos sesenta años y su reacción fue de incredulidad. No me voy a morir hasta dentro de mucho tiempo, parecía decirme. ¿Para qué te preocupas ahorita? Años después ella misma comenzó a temer su fin. Aseguraba que no le alcanzaría el tiempo. ¿Para qué? ¿Tiempo para qué? Hubo un momento, no sé cuándo, exactamente, en que un cronómetro comenzó a sonar.

Mi abuela fue la primera en darme lecciones de *wabi sabi*, aquella filosofía japonesa que atiende al encanto de las cosas imperfectas, transitorias, impermanentes. El cerezo negro de su jardín me lo corroboraba cada año. En el invierno empapado, su piel sin hojas se sentía plateada. Los gránulos de su tronco brillaban bajo mis dedos como diminutas perlas oscuras. En primavera florecía y la madera empujaba estallidos rosas. Imposible palpar sus flores. Al instante se despetaban ante la fuerza del tacto; en su caída se concretaba la belleza de lo fallido.

Bajo su descenso surgía un tapete de corta duración. Sobre la varita que había cedido a la flor quedaban los pistilos de donde surgiría la cereza oscura que en el verano me metería a la boca. Cada año de nuevo el resurgimiento, de nuevo la caída. Pienso en el cerezo y me doy cuenta de que una tragedia se interpone entre la vida de los árboles y la de los humanos. Los últimos envejecen a la par de los primeros, pero no retoñan. El cuerpo de mi abuela no volverá a florecer.

Todos los inviernos, las hojas del cerezo caían a un estanque. El agua se volvía roja y las hojas perdían su carne.

He nadado al fondo de más de un río. Entre la lama he tocado el esqueleto de las hojas vencidas, su sustancia debilitada por el tiempo. En ellas he observado la belleza de la descomposición del cuerpo y el insistir de su esquelética esencia. La estructura medular, intacta. El cuerpo de mi abuela persiste como el andamiaje de la hoja, con fragilidad absoluta. Al emerger del agua, los huesos de planta se vuelven lodo entre los dedos, su forma se rompe y se descubre que la hoja siempre será más agua que solidez, igual que nuestros cuerpos. Pero sólo porque se desmorona esta estructura última, podemos conocer la fuerza oculta de su insistencia. **u**